



51-53 Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino entraron en una aldea de Samaría para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigían a Jerusalén.

Para todos los especialistas, en este verso comienza la segunda parte del evangelio de Lucas: **es la subida de**

Jesús hacia Jerusalén.

Esta sección del viaje a Jerusalén representa el núcleo central del evangelio de Lucas, su parte más original. Adquiere, además, una importancia particular en la perspectiva teológica del conjunto de Lucas y Hechos. Jerusalén representa el centro geográfico de la historia de la salvación lucana.

"Se iban cumpliendo los días": es Dios quien cumple o colma los días, conduciendo su plan de salvación. Ya que a los discípulos les cuesta aceptar el final de cruz, después del segundo anuncio (9,45: ellos no entendían este lenguaje), Jesús ve llegado el

momento de atacar el problema de cara, de otro modo no logrará hacerlos cambiar.

El viaje comienza solemnemente, enviando por delante quien prepare camino y alojamiento. Los mensajeros tienen que hacer una tarea precursora, como la de Juan Bautista.

Los samaritanos no eran amigos de los judíos. Flavio Josefo (historiador judío) da testimonio de los problemas con que se encontraban los peregrinos procedentes de Galilea para atravesar el territorio de Samaría, de camino hacia Jerusalén, con ocasión de las fiestas comunitarias. Por eso la inmensa mayoría de los peregrinos galileos iban hasta el Jordán, cruzaban el río y, a través de Perea, seguían hacia Jerusalén (cf. Mc 10,1).

RECHAZO

Lo primero que se va a encontrar el discípulo en el camino del seguimiento es el rechazo. Cuando Jesús empezó a predicar, en la sinagoga de su pueblo, también encontró rechazo. Antes fue rechazado por los judíos; ahora es rechazado por los samaritanos. Los primeros rechazaron su predicación; los segundos rechazan su destino. **La incompreensión y el rechazo** son los compañeros de viaje de toda su vida.

A nosotros también, si seguimos su camino cada día, nos esperan rechazos e incompreensiones, dentro y fuera de la familia. Es de pura lógica si llevamos un estilo de vida sencillo, austero, fraterno, cercano a los pobres, donde Dios sea el único Señor.

54-55 Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron:

«Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?» El se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea.

La ira y la venganza es la reacción lógica de aquellos que se creen prepotentes, propio de todo el que se siente cerca de un poderoso.

La propuesta que le hacen a Jesús es que venga como le sucedió a Elías en un caso parecido, en el que el rey Ococías de Samaría le envió unos mensajeros pidiéndole que acudiese para librarlo de la muerte con que Dios lo había castigado por culpa de su idolatría "hizo bajar fuego del cielo" que

consumió a los cincuenta hombres que había enviado (2 Re 1,1-14)

La reacción de los discípulos parece justificada por la ofensa inferida al que es más que profeta. No han entendido el programa de Jesús ni comprenden a dónde se dirige. Algunos manuscritos añaden la respuesta de Jesús: "No sabéis de qué espíritu sois. Este Hombre no vino a destruir vidas humanas, sino a salvarlas".

IRA Y VENGANZA

Con la amenaza del fuego eterno se ha arreglado casi todo en la Iglesia Católica, - nos comenta Jesús Peláez en otro libro que os recomiendo-. Desde pequeños nos habituaron a este fuego; con él se nos asustaba y forzaba a abandonar cualquier vicio o pecado, a fin de no caer en ese terrible castigo, patentado por un Dios, antes que padre, justiciero terrible.

La religión católica, durante siglos, estuvo reducida a salvar a los hombres de aquel fuego, como si se tratase de un servicio de bomberos o más terriblemente de un culto pagano a Plutón y a todos los habitantes de lo subterráneo y oscuro, fuerzas del mal utilizadas políticamente para aterrorizar la conciencia. A base de oír hablar del fuego eterno, los católicos crecieron con el corazón encogido, le tomaron miedo a la ciencia, a la razón y a la libertad; prefirieron dejar de pensar y declinaron su responsabilidad en quienes, dictaminaban el camino a seguir.

Fanatismo e intolerancia distan años luz del evangelio, exigente al máximo, pero no intransigente; que invita, pero no impone; que ofrece, pero no fuerza; que anima, pero no violenta. Jesús de Nazaret cortó por lo sano los brotes de fanatismo de sus discípulos.

Es hora de volver los ojos al evangelio para acabar con tanto fanatismo histórico y cancelar para siempre tan triste y poco evangélico pasado. El fanatismo hace del mundo un infierno.

(Jesús Peláez. La otra lectura de los evangelios II. 117-119 Ediciones El Almendro. Córdoba 1988)

También hoy en "el pequeño mundo de cada cual" el recurso a la violencia, está a la orden del día. En las escuelas e institutos; en los matrimonios, con tantas mujeres maltratadas; entre la juventud, con las peleas de pandillas; en el ocio, con la violencia en los campos de fútbol etc.

También entre nosotros se da con bastante frecuencia **la violencia verbal**. Recuerdo que Paco Girón decía con énfasis: "a veces los abrazos fraternos camuflan la costumbre de devorarse con murmuraciones, chismes y rumores. El "canibalismo verbal" destruye la comunidad".

El Papa Francisco en sus homilias diarias lo denuncia con frecuencia: «Cuando la lengua la usamos para hablar mal del hermano o de la hermana, la usamos para matar a Dios, la imagen de Dios en el hermano. Pidamos para nosotros, por toda la Iglesia, la gracia de la conversión de la criminalidad de la murmuración al amor, a la humildad, a la mansedumbre, la dulzura, la magnanimidad del amor hacia el prójimo»

57-62 *Mientras iban de camino, uno le dijo: «Te seguiré a donde vayas.» Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»*

A otro le dijo: «Sígueme.» Él respondió: «Déjame ir primero ir a enterrar a mi padre.» Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú véte a anunciar el Reino de Dios.»

Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.» Jesús le contestó: «El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios.»

Tres escenas de seguimiento ilustran el comienzo de la marcha de Jesús. Parece que algunos samaritanos quieren incorporarse al grupo.

La escena tiene forma de tríptico. La primera y tercera son **dos ofrecimientos** ("Te seguiré") la central es una llamada directa de Jesús ("Sígueme"). El personaje central ha sido invitado por Jesús, en vista de sus disposiciones; los otros dos han tomado ellos mismos la iniciativa, viendo las actitudes de Jesús.

Lucas describe con estos personaje la constitución de un nuevo grupo (tres indica siempre una totalidad). Estos personajes no tienen nombre. La situación que describe tiene más de ideal que de real. Las condiciones que les impone son más exigentes de aquellas primeras llamadas de los discípulos israelitas (Pedro, Santiago y Juan): les exige una ruptura total con el pasado: casa, familia y, sobre todo, padre, como portador de tradición. Seguir a Jesús es caminar sin patria ni hogar.

Enterrar a los padres era deber sagrado (Tob 14,10-13) Jesús responde con un proverbio paradójico. Quienes solo cuentan con esta vida le tributan honras fúnebres; él viene a traer una vida nueva. Lo que se acabó, se acabó.

La mano en el arado recuerda la llamada a Eliseo arando con doce yuntas en fila (la epístola de este domingo: 1 Re 19,20). Y no se trata de los modernos arados sino de los sencillos arados palestinos, que se conducían con una mano, mientras que con la otra se dirigía a los ingobernables bueyes. "Esta primitiva clase de arado, -nos dice J. Jeremías en sus "Parábolas de Jesús"- exige habilidad y una gran concentración, porque si el labrador mira hacia atrás, el nuevo surco se tuerce". **El que ara mira de frente y sigue derecho.**

En los tres casos es decisiva **la prontitud**, el **desprendimiento** de otros vínculos y **la disposición** de arrostrar penalidades. Todo ello dominado por el deseo de seguir en compañía del Señor.

LLAMADAS AL SEGUIMIENTO. El pasaje nos presenta tres tipos de personas dispuestas a seguir a Jesús. Son las actitudes de cualquier cristiano que quiera seguir a Jesús.

El primero manifiesta una absoluta disponibilidad. Es una buena actitud, quizás la primera. Quiere seguir a Jesús a donde quiera que vaya. Pero Jesús le advierte que no le ofrece ninguna seguridad. Si quiere seguirle ha de aceptar vivir en la inseguridad y renunciar a la vida cómoda y segura: Él no tiene donde reclinar la cabeza. Cuando uno toma una decisión -la que sea- tiene que estar dispuesto a todo. Si no es así, cuando lleguen las primeras dificultades, abandonará.

El segundo recibe una invitación por parte de Jesús. El llamado está dispuesto, pero no inmediatamente. Primero tiene que hacer algunas cosas. El pretexto que pone es que tiene un problema grave que resolver: enterrar a su padre. El padre es figura de la tradición que nos vincula al pasado. Jesús le pide que rompa totalmente con el pasado, que no retrase su opción, y que se disponga a anunciar la novedad del reino.

El tercero también muestra disponibilidad, pero no inmediata. Sus razones son de carácter familiar. También en este caso Jesús aprovecha para decirle algo importante respecto al camino que quiere emprender. Hay que mirar hacia delante y no dejarse atrapar el corazón por los cariños del pasado familiar. Hay que romper con todo lo que nos tiene atrapados para poder caminar en libertad. No sirve seguir a Jesús pensando constantemente en lo que se ha dejado, sino hay que mirar hacia el futuro con la confianza puesta en Dios

Jesús no era hombre de medias tintas, de medias verdades, de decisiones a medio tomar. Cuando uno toma una decisión, hay que mantenerse en ella. No se puede avanzar andando y desandando el camino. Jesús plantea abiertamente que el seguimiento ha de ser con todas las consecuencias. No sirve la gente que hace las cosas a medias.